

La gestión cultural latinoamericana en la Mondiacult 2022



Fuentes Firmani, Emiliano

La gestión cultural latinoamericana en la Mondiacult 2022 / Emiliano Fuentes Firmani ; Pablo Mendes Calado ; María Soledad Segura ; compilación de Emiliano Fuentes Firmani. - 1a ed. - Caseros : RGC Libros, 2022.

Libro digital, PDF - (Revista Gestión Cultural / Emiliano Fuentes Firmani ; Nicolás Sticotti ; Leandro Vovchuk)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8488-19-6

1. Acceso a la Cultura. 2. Acuerdos Culturales. 3. Derechos Económicos, Sociales y Culturales. I. Mendes Calado, Pablo. II. Segura, María Soledad. III. Título.

CDD 306.09



EQUIPO

DIRECCIÓN EDITORIAL

Emiliano Fuentes Firmani,
Nicolás Sticotti y Leandro Vovchuk

CORRECCIÓN

Sebastián Spano

DISEÑO

Ana Uranga B.

COORDINACIÓN DE ESTE NÚMERO:

Emiliano Fuentes Firmani

AUTORES QUE PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Paola De La Vega Velastegui,
André De Paz, Emiliano Fuentes Firmani,
Mónica Guariglio, Jorge Melguizo,
Pablo Mendes Calado, Ángel Mestres,
Susana Obando Morales, Anna Valeria Prato,
Tomás Peters, Carla Pinochet Cobos,
Elena Román, Alexandre Santini,
María Soledad Segura,
Guillermo Valdizán Guerrero,
Vladimir Velázquez Moreira.



MECENAZGO
Participación Cultural
BA Buenos Aires Ciudad



Trànsit Projectes

SOBRE LAS IMÁGENES QUE ACOMPAÑAN ESTA EDICIÓN

El carnaval es una fiesta popular que atraviesa las ciudades de América Latina en todas sus diversidades. Desde 2015 Mídia Ninja viene organizando la publicación de ensayos fotográficos de personas y colectivos de toda Latinoamérica para mostrar esa diversidad en toda su plenitud. Los ensayos “Otros Carnavales” rompen con la narrativa hegemónica de los festejos de carnavales contruidos por los medios de comunicación. Además, revelan un caleidoscopio de experiencias que hablan de una fiesta popular cuya esencia siempre es la emancipación del pueblo. Por eso, para acompañar esta edición con diversidad latinoamericana ampliada, hemos seleccionado algunas de las fotografías de los ensayos fotográficos “Otros Carnavales 2015, 2017 y 2019”.

<https://medium.com/otros-carnavales>

La gestión cultural latinoamericana en la Mondiacult 2022¹

Por **Emiliano Fuentes Firmani**

Sin dudas la Cumbre Mundial sobre Políticas Culturales de la Unesco, también conocida como Mondiacult 1982, es uno de los mitos fundantes en la historia de nuestras políticas culturales contemporáneas. El impacto de las decisiones tomadas en la cumbre, reflejadas en las recomendaciones del informe general y, especialmente, en la declaración final aprobada, marcaron profundamente las líneas sobre las cuales se estructuraron las políticas culturales en las transiciones democráticas de nuestra región.

Desde entonces, solo hubo un encuentro posterior de similares características, la Conferencia Intergubernamental de Políticas Culturales para el Desarrollo, realizada por la Unesco en la ciudad de Estocolmo en 1998. Hoy, a 24 años de Estocolmo y a 40 años de la Mondiacult

original, la Unesco y el gobierno de México están convocando a una nueva Cumbre Mundial sobre Políticas Culturales y Desarrollo Sustentable que se celebrará a fines de septiembre de 2022. Y si bien en esta oportunidad estamos un poco mejor en América Latina y no enviaremos represores o representantes de dictaduras para sesionar en la cumbre, creemos que la mayoría de los gobiernos de la región no estarán a la altura para recuperar las memorias recientes de políticas culturales latinoamericanas de ciudadanía y diversidad cultural que podrían ayudar en el debate global, en un mundo que nuevamente se está reconfigurando con una guerra que lleva ya varios meses y no sabemos muy bien dónde terminará.

La Declaración de la Ciudad de México de 1982 fue el paraguas sobre el cual se

constituyeron las políticas culturales de nuestras transiciones democráticas y, de algún modo, sus lineamientos también ayudaron a configurar los contratos sociales y expresaron algunas de las tensiones de las culturas políticas de la época en un sentido más amplio. Los trabajos de Renata Rocha, Lia Calabre, Albino Rubim, Rubens Bayardo y Eduardo Nivón Bolán, entre otros, nos recuerdan que durante la década del 80, en paralelo a la construcción y consolidación de las instituciones y políticas culturales de nuestra región, fue instalándose el modelo cultural neoliberal, principal protagonista de la década del 90 y también principal causa de la emergencia de los gobiernos de la llamada “marea rosa” durante la década del 2000, momento en el que el modelo cultural neoliberal pudo ponerse en cuestión.

Si bien en Mondiacult 82 la foto global nos mostraba un mundo bipolar, con el proceso de descolonización y la emergencia de los países no alineados se habían abierto algunas grietas a partir de las cuales la Unesco venía construyendo sentidos de síntesis en pos de garantizar el desarrollo cultural de los pueblos, jugando un importante papel en las discusiones sobre las nociones de lo comunitario, el mercado y el Estado. Pero el devenir de los acontecimientos durante

la implementación de las acciones del Decenio para el Desarrollo Cultural (1987-1997) nos mostró cómo el cambio geopolítico marcado por la caída de la Unión Soviética habilitó un giro importante sobre estas nociones, instalándose la hegemonía de la economía creativa. Para verificarlo se pueden revisar los resultados del informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo publicados en 1996, que marcaron la Conferencia Intergubernamental de Estocolmo de 1998.

Los avances alcanzados en Mondiacult 1982 son el corolario de un proceso que inicia la Unesco en torno a las políticas culturales desde la década del 70 y que tuvo como antecedentes a la colección de estudios culturales publicada desde 1968 y como hitos a las diferentes conferencias intergubernamentales y regionales que comenzaron en Venecia en 1970. Pero, además, la declaración de México recoge otros procesos impulsados por Unesco, como los postulados sobre los museos y el patrimonio de la Mesa Redonda de Santiago de Chile organizada junto a Icomos en 1972, o los resultados del Informe MacBride en torno a las políticas de comunicación, aprobado por la Asamblea General de la Unesco en 1980. En el caso de Mondiacult 1982 existe cierto consenso en considerar

que su principal aporte tiene que ver con la implementación de una definición amplia de cultura, además de la inclusión de la dimensión cultural del desarrollo, hechos que obligaron a revisar la noción misma de políticas culturales y los instrumentos a estas asociados. Pero la conferencia también fue muy importante en otras áreas estratégicas de la cultura, como la comunicación, el patrimonio cultural y las industrias culturales.

A partir de los resultados de la cumbre del 82, la Unesco intentó estructurar un plan de acción, pero la demora en su aplicación provocó que el Decenio para el Desarrollo Cultural, aprobado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en 1987, tuviera un marcado sesgo neoliberal. Este giro quedó evidenciado, entre otras cosas, en el alejamiento total de la Unesco en los temas relacionados a las políticas de la comunicación, pero también por la apuesta a la economía creativa –junto con la idea de multiculturalismo– como forma de reconocimiento de la diversidad que habían comenzado a impulsar los países de origen anglosajón. Además, Consenso de Washington mediante, comenzó a cobrar cada vez más fuerza la idea de que los Estados eran ineficientes y que la sociedad civil tenía un papel importante para

resolver este problema, declarando la prescindencia de la intervención estatal. En este esquema se verifica el surgimiento del tercer sector para paliar los desastres que el sistema neoliberal producía (Wortman, 2008). Así, la cultura pasaba a ser una protagonista estelar y un “recurso” inestimable para la intervención pública en las más variadas materias del campo económico y social (Yúdice, 2002). Justamente, finalizando este período se produjo la Conferencia Intergubernamental de Políticas Culturales para el Desarrollo de Estocolmo (1998), y vale mucho la pena comparar las declaraciones de México y Estocolmo para comprender la profundidad del cambio de agenda política de la Unesco. Aunque en general, al menos hasta la pandemia de 2020, el organismo ha sostenido una línea más vinculada al emprendedurismo y a la economía creativa que a otras formas de políticas culturales.

Pero lo más irónico del enfoque neoliberal y colonialista aún persistente en la Unesco es que pondera la participación social pero sin activar mecanismos concretos para que suceda. En el caso de Mondiacult existen algunas franquicias de eventos que Unesco fue otorgando, como los Resialirts o, más recientemente, los foros paralelos Mondiacult, pero no queda claro cómo

estos procesos podrán alimentar las discusiones de la cumbre ni qué mecanismo de sistematización tendrán, siendo que el borrador de la nueva declaración ya fue redactado y está circulando entre los gobiernos sin ninguna de esas incorporaciones.

Esta falta de mecanismos de participación y la poca relevancia que los Estados miembro han dado al evento, nos invita a pensar en algunas formas de *hackeo* de la cumbre que permitan poner en valor los aprendizajes de la región.

En los últimos veinte años hemos tenido algunos ejemplos muy interesantes de políticas culturales que, en algunos casos, han configurado experiencias concretas de políticas públicas bajo el paradigma de democracia cultural (García Canclini, 1987) y basadas en el ejercicio de la ciudadanía cultural (Chauí, 2013). Estas políticas culturales se ocuparon de discutir el rol del Estado y de proponer otras formas de relación entre este y los agentes y organizaciones culturales desde una perspectiva de respeto, diálogo y estímulo para todas las manifestaciones culturales, superando el paradigma neoliberal que hegemonizó las décadas anteriores.

Esta nueva perspectiva de los gobiernos, más el fortalecimiento de los

movimientos sociales por una masiva participación popular, ayudó a fisurar la narrativa neoliberal, posibilitando que en nuestra región comenzaran a operar algunos cambios. Así como el neoliberalismo instaló una narrativa donde el individualismo era el principal organizador social, surgió desde la sociedad civil organizada una narrativa contrapuesta, donde lo colectivo y lo comunitario representaban la principal salida. Ya no se trataba de convivir pacíficamente en un mundo global, formateado en el modelo occidental, blanco y patriarcal, que reconocía las múltiples diferencias, sino de construir la máxima zapatista de “un mundo donde quepan todos los mundos”². De alguna manera, la idea clásica de políticas culturales, construida por Néstor García Canclini en 1987 a partir de las resoluciones de Mondiacult 82, se tornaría protagonista del período, especialmente considerando los aportes realizados por los movimientos sociales para la transformación del Estado, pero también los esfuerzos de los gobiernos para trabajar con la agenda que los movimientos sociales venían promoviendo.

Hoy ese paradigma que creíamos posible superar ha resurgido. Parecería que esa certeza de que nadie se realiza en una

comunidad que no se realiza, que podía verificarse al inicio de la pandemia, nuevamente se comienza a resquebrajar y que todo tiende a volver al punto en que estaba antes de la tragedia. Eduardo Nivón Bolán (2020) advierte que el contrato social que guio las transiciones democráticas desde hace cuarenta años está agotado. La creciente polarización y aumento de simpatías por propuestas de derecha, discriminatorias y excluyentes, puede verificarse en gran parte de nuestros países. Discursos de odio, noticias falsas y hasta guerras culturales son el condimento cotidiano de las narrativas que gran parte de los medios de comunicación instalan en el sentido común de nuestra ciudadanía. En el caso de la cultura, la mirada economicista es hegemónica en la mayoría de los proyectos progresistas y liberales. En el caso de los conservadores, directamente lo es la censura o la persecución. Es cierto que pueden encontrarse algunas excepciones, al menos en algunas aristas, tal como es el caso de la vigorosa acción del Gobierno argentino para atender la emergencia de la pandemia (Fuentes Firmani, 2020) o la articulación entre agentes, colectivos culturales y representantes parlamentarios que consiguió la aprobación de la Ley de Emergencia Cultural Aldir Blanc en Brasil

(Santini, 2020). Pero más allá de estas cuestiones puntuales y algunas otras, todo parece indicar que la cultura pospandémica será muy parecida a la que teníamos en 2019, como si nada hubiera pasado. Y este es un problema esencialmente simbólico y de sentido.

Los algoritmos van creando mundos hiperindividualizados en los que la fragmentación está naturalizada y en donde la ciudadanía vuelve a ser tratada como consumidora. La desregulación de las plataformas de contenidos ha comenzado a ser un problema para la producción cultural y cada vez más empieza a verificarse cómo la centralización de los canales de producción y exhibición condiciona formatos y contenidos que simulan ser de producción local pero llevan marcas culturales globales muy claras. Ante este escenario resulta muy necesario construir mecanismos y dispositivos de contrapeso que ayuden a los Estados a negociar con estos grandes conglomerados infocomunicacionales, ya que en algunos casos las asimetrías son considerables. Lograr que la Unesco ocupe ese rol debería ser una de las primeras preocupaciones de las delegaciones norteamericanas que se encuentren en la nueva Mondiacult mexicana.

Ante esta situación desde la Revista Gestión Cultural nos hemos propuesto invitar a gestores y gestoras culturales de Latinoamérica y España, con experiencia y trayectoria situada, para que puedan ayudarnos a construir una reflexión coral, a modo de archivo y repositorio, sobre los aportes que la región puede hacer en materia de derechos culturales, diversidad cultural y desarrollo sostenible, o buen vivir, como se le llama ancestralmente a esa práctica en nuestro territorio. Además hemos incluido una entrevista a uno de los responsables de la organización de Mondiacult por parte del Gobierno de México, para poder conocer mejor el enfoque y los motivos que llevaron a ese país a proponer una nueva cumbre. La apuesta es realizar algún tipo de *hackeo* sobre el evento para hacer llegar al debate global voces

críticas y silenciadas que cuentan una historia en la que el sujeto central de las políticas culturales son nuestros pueblos y comunidades ≡

Notas

1 Esta editorial es una versión sintética y recortada del artículo “Mondiacult 2022. Un aporte desde los confines” que integra el libro *Mondiacult 40 anos depois: impactos e desdobramentos nas políticas culturais na América Latina*, organizado por Lia Calabre, Renata Rocha y Albino Rubim para la colección CULT (EDUFBA, en prensa).

2 Este lema fue el que animó la organización del Foro Social Mundial en Brasil en 2002, que probablemente haya sido el evento social, cultural y político más importante de la época en nuestra región, tanto por su nivel de convocatoria como por los temas convocados, pero también –especialmente– por su forma de construcción, en la que lo comunitario y lo colaborativo fueron los principales vectores de organización.

- 13** Entrevista a Pablo Raphael
De la Madrid
- 25** Mondiacult 2022.
A las puertas de lo nuevo
POR PABLO MENDES CALADO
- 33** Mondiacult 2022: la construcción de una
nueva Agenda Cultural Global
POR MÓNICA GUARIGLIO
- 43** Mondiacult 2022,
entre la pandemia y el avance
de la derecha: ¿Qué enseñan
las experiencias latinoamericanas de los
últimos 25 años?
POR ANNA VALERIA PRATO
Y MARÍA SOLEDAD SEGURA
- 61** Somos tejidos culturales
en movimiento
POR SUSANA OBANDO MORALES
- 71** Brasil y Mondiacult:
lejos de aquí, aquí mismo
POR ALEXANDRE SANTINI
- 89** Chile y Mondiacult: Del desfase de
debates a la sincronización de proyectos
latinoamericanos
POR TOMÁS PETERS
Y CARLA PINOCHET COBOS
- Hacia una nueva Agenda Cultural
Mundial. América Latina en Mondiacult
2022. ¿Cuáles deben ser los ejes del trabajo
cultural en América Latina
para la próxima década?
POR JORGE MELGUIZO **105**
- Cultura de paz: de la retórica
salvacionista a la alteración
del mapa de posibles
POR PAOLA DE LA VEGA VELASTEGUI **119**
- Ocho sensopercepciones a Mondiacult
desde Iximulew/Guatemala
POR ANDRÉ DE PAZ **127**
- Para qué conquistar si a la gente le gusta
bailar. Rumbo al Mondiacult 2022
POR ELENA ROMÁN **135**
- Cultura: ¿Protagonista o espectadora
de los ODS en Paraguay?
POR VLADIMIR VELÁZQUEZ MOREIRA **143**
- Para una conciencia saludable
y solidaria hacia el Buen Vivir
POR GUILLERMO VALDIZÁN GUERRERO **151**
- A pesar de las políticas culturales.
30 preguntas para tratar
de responder durante la Mondiacult 2022
POR ÁNGEL MESTRES **163**

Mondiacult 2022, entre la pandemia y el avance de la derecha: ¿Qué enseñan las experiencias latinoamericanas de los últimos 25 años?

Por **Anna Valeria Prato y María Soledad Segura** / ARGENTINA

Allí donde está el peligro, crece también lo que salva.

Hölderlin 1800-1803

En las grietas está Dios, que acecha.

Borges, 1975

Si las políticas culturales se vincularon siempre con pensar cómo transformar la realidad, qué cambios son necesarios y cómo deberían ser llevados a cabo (García Canclini, 1987), ante la inminente realización de la Conferencia Mundial de la Unesco sobre Políticas Culturales y Desarrollo Sostenible Mondiacult 2022, que se desarrollará en septiembre de este año en México, deberían plantearse las mismas preguntas en este nuevo contexto marcado por la pandemia de COVID-19 y las experiencias de

confinamientos masivos de la población mundial, así como también por una avanzada conservadora y autoritaria no solo a nivel de la dirigencia política sino también en las múltiples expresiones de la vida social.

Esta cumbre se convoca 24 años después de la Conferencia Intergubernamental de la Unesco sobre Políticas Culturales para el Desarrollo, reunida en Estocolmo. En estas décadas, en América Latina se dio un particular activismo estatal en materia de políticas de cultura y comunicación, y también

una fuerte movilización social en vistas a incidir en ellas. ¿Qué aprendizajes deja la experiencia latinoamericana de las últimas décadas? ¿Qué aportes es posible hacer considerando los avances, retrocesos, logros y fracasos de la región en estos temas?

Se actualiza entonces la pregunta sobre qué sentido tiene pensar las políticas culturales en esta coyuntura pandémica y de crecimiento de las derechas. Aquí se proponen respuestas a este interrogante desde la trayectoria de América Latina durante el último cuarto de siglo en la formulación de políticas culturales estatales y comunitarias.

En primer lugar, se caracterizan las condiciones de la actual coyuntura. Después se revisan los aportes a sus contextos que hicieron las anteriores conferencias mundiales e intergubernamentales sobre políticas culturales. En tercer lugar, se revisa la experiencia regional de los últimos 25 años. Finalmente, desde América Latina, se proponen cuatro ejes centrales para pensar los pasajes desde las anteriores propuestas hasta la actualidad.

Las nuevas condiciones

¿Cuáles son las características principales de la coyuntura en que esta convocatoria

a la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales encuentra a América Latina? El avance de la pandemia de COVID-19 en la región tuvo efectos en diversos planos que todavía estamos conociendo y analizando. Sin embargo, es evidente que hubo un impacto en las muertes y ausencias inesperadas; secuelas en la salud física de la población; incidencia en la salud mental producto de la amenaza masiva de muerte así como de los cambios en la sociabilidad por las cuarentenas; afectación del lazo social; profundización de la pobreza y la desigualdad en una región que ya era la más desigual del mundo; lentificación de las trayectorias educativas; entre otros efectos. Se produjeron, por lo tanto, cambios en las materialidades cuyos efectos en las subjetividades aún se están desplegando y seguramente habrá muchas otras situaciones emergentes a las que será necesario atender.

“El COVID-19 tuvo inmensos costos sociales y económicos en los países de América Latina y el Caribe. La pandemia afectó desproporcionadamente a la región, acumulando casi un tercio del total mundial de fallecimientos cuando sus habitantes representan menos del 10% de la población global” (CAF, 2021). Aunque los gobiernos desplegaron una combinación

inédita de medidas fiscales, monetarias y regulatorias para mitigar los impactos de la crisis, Latinoamérica sufrió una de las contracciones del producto bruto interno más severas a nivel mundial en 2020 (cercana al 7%), lo que ocasionó que “la pobreza y la desigualdad retrocedieran a los niveles de hace una década” (CAF, 2021). Los índices de pobreza en América Latina y el Caribe, excluyendo Brasil, aumentaron del 24% al 26,7%, lo que constituye su mayor incremento en décadas (Banco Mundial, 2022). El empleo cayó el 20% y también aumentaron la precarización del empleo y la informalidad en una región donde la mitad del empleo es en el sector informal (Banco Mundial, 2022; CAF, 2021). Si bien se registra un repunte del crecimiento del PBI en 2021, las proyecciones de crecimiento regional “sitúan los resultados entre los más bajos del mundo” y esto se vio aún más afectado luego de la invasión rusa a Ucrania (Banco Mundial, 2022). Por otra parte, en 2022, con un 60%, la vacunación está generalizada en toda la región, lo que aumenta la resistencia contra las nuevas variantes. Sin embargo, siguen existiendo grandes diferencias entre los países (Banco Mundial, 2022).

De este modo, la pandemia de COVID-19 agravó la situación de un subcontinente

que ya se caracterizaba por una profunda desigualdad social y económica histórica, estructural y multicausal (Burchardt, 2012); desempleo, economías nacionales dependientes, políticas de bienestar insuficiente (Muñoz Diez, 1999); autoritarismo significativo tanto en los gobiernos como en la sociedad (Araujo, 2016); “democracias delegativas” (O'Donnell, 1997); y una polarización política de larga data que ha llevado a políticas genocidas y violaciones de los derechos humanos.

Esto se dio, además, en una región en la que, al igual que en otros lugares del mundo, ya se venía registrando un avance de la derecha tanto en los gobiernos como en las prácticas sociales. Aunque la pandemia puso en evidencia la necesidad imperiosa de la organización social, la presencia del Estado y la investigación científica para la supervivencia, se registraron ataques antiestatales, anticientíficos y antiorganizacionales. “El ‘cambio de época’ que se inició en Latinoamérica en 2015 –así como también en países centrales– con el ascenso al gobierno de partidos o alianzas de derecha, no fue una simple alternancia política en el Estado, sino que implicó amplias mudanzas económicas, sociales y culturales (González, 2015). Esta nueva dirigencia reorientó la intervención estatal para

redistribuir la riqueza a favor del gran capital. Esto implicó un incremento de beneficios para la clase dominante que integran y el retroceso en los derechos humanos laborales, sindicales, de protesta, libertad, etc., de las mayorías. Sus gestiones tuvieron resultados oprobiosos para la vida cotidiana de las personas con un aumento del desempleo, la pobreza, la indigencia y la desigualdad, y también un empeoramiento de indicadores macroeconómicos como la inflación, devaluación y resultados de la balanza de pagos.

Además, la alternancia política y la reorientación en las políticas estatales son acompañadas por modificaciones en el clima cultural. Avanzan grupos sociales conservadores, de ultraderecha, antide-rechos de las personas y de los pueblos. Defensores de genocidas, homofóbicos, misóginos, racistas, que perciben que el nuevo escenario político les ofrece una oportunidad. Esta reacción cultural pretende desandar algunos de los mayores logros sociales del período anterior (Segura, 2015; Waisbord, 2018; Prato y Segura, 2019). Se trata de una “derecha desinhibida” que recurre ampliamente a la desinformación y los discursos discriminadores, y la “vigilancia discursiva de la izquierda” no ayuda a evitarla (Alemán, 2019).

No obstante, en esas circunstancias traumáticas y preocupantes, se registran experiencias particularmente esperanzadoras como las educativas y comunitarias. En algunas clases sociales, el avance de la digitalización, la comunicación a distancia y el trabajo remoto permitieron encarar nuevos proyectos colectivos, como la construcción de redes. En particular, las organizaciones culturales y comunicacionales de varios países latinoamericanos se fortalecieron y rearmaron sus alianzas, recrearon sus prácticas artísticas e intervenciones comunitarias, relanzaron proyectos de reformas legislativas y políticas públicas, y realizaron relevamientos para producir conocimiento sobre su sector (Wortman y Quiña, 2021; Moguillansky, 2021).

Las crisis son eventos traumáticos, pero constituyen también una oportunidad. Entonces, ¿cómo y con qué herramientas vamos a tramitar este evento excepcional? En estas condiciones de la vivencia de la pandemia, las medidas adoptadas y sus duras consecuencias, sumadas a la gravedad de lo sucedido en términos de retroceso de la democracia y puesta en cuestión de derechos y consensos sociales que parecían firmes (Dezzutto, 2019), el reto político y social, pero también y especialmente cultural, es enorme. Resulta fundamental reforzar

el lazo social y profundizar la democracia y, para hacerlo, entre otros factores, es crucial el papel de la cultura y la producción de sentidos, porque en las disputas simbólicas se libran las pujas por la distribución de jerarquías sociales y recursos materiales en una sociedad, y, en definitiva, por la definición, conservación o transformación del orden social (Bourdieu, 2000; Martín Barbero, 2011). “Se torna imprescindible repensar el papel de la cultura en nuestras sociedades, y qué políticas culturales se darán para construir subjetividades con racionalidades y emocionalidades más democráticas para hacer de nuestras ciudades y pueblos, lugares más habitables” (Prato y Segura, 2019).

Las Conferencias Mundiales y sus circunstancias

En este contexto, Mondiacult 2022 fue convocada por la Unesco cuarenta años después de la primera Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales también celebrada en Ciudad de México en 1982, y 24 años después de la Conferencia Intergubernamental de la Unesco sobre Políticas Culturales para el Desarrollo realizada en Estocolmo en 1998. ¿En qué condiciones sociohistóricas se realizó cada cumbre? ¿En qué circunstancias

construyeron sus propuestas? ¿De qué modo esas coyunturas incidieron en las recomendaciones de cada una de las conferencias y esos lineamientos contribuyeron, a su vez, a configurar esos contextos?

La primera Conferencia Mundial fijó las bases de las políticas culturales de la transición democrática en América Latina. Para entonces los países de la región enfrentaban situaciones muy complejas: dictaduras, guerras civiles, transiciones a la democracia extremadamente condicionadas no solo por el todavía gran poder militar, sino también por las deudas externas contraídas. En esos años, las políticas culturales se pensaban como una herramienta para democratizar a las sociedades y los sujetos, y para deconstruir comunidades y personalidades autoritarias. Las políticas culturales funcionaban entonces como “metapolíticas” en la medida en que en todos los ámbitos de la vida social y en cada política estatal se construyen sentidos (Maccioni, 2002). La concepción de estas políticas era estado-céntrica: se consideraba a los Estados nacionales como los principales actores de estos procesos de cambio. La participación social se preveía solo en los resultados de las políticas, pero no en su formulación.



UNIVERSIDAD
JUÁREZ
AUTÓNOMA
DE TABASCO

"ESTUDIO EN LA DUDA. ACCIÓN EN LA FE"



Red Universitaria de Gestión Cultural México



Encuentro Nacional de Gestión Cultural

Experiencias y retos para la sustentabilidad
del 4 al 7 de octubre de 2022,
Villahermosa, Tabasco; México.

Para mayor información visita:
<https://encuentro.rugcmx.org/>



Estas propuestas se enmarcaron en la teoría de la transición, que se había desarrollado en Latinoamérica en esos años, entre fines de los 70 y principios de los 80 durante los procesos de salida de las dictaduras, y otorgaba a la cultura un papel central en la democratización de los Estados y las sociedades. Este paradigma era politológico y permeó también las definiciones de políticas culturales de la época. Este enfoque institucional de la discusión sobre la democracia se preocupaba por la manera de lograr la coincidencia entre cultura política e instituciones liberales. La oposición pasó a ser autoritarismo-democracia. A la teoría de la transición se la cuestionó por su sesgo conservador. Al poner énfasis en que las causas del autoritarismo eran fundamentalmente endógenas, culturales e institucionales, se perdían de vista otros condicionamientos para la explicación de los golpes de Estado, como los intereses económicos de grupos nacionales e internacionales (García Delgado, 2001). Se esperaba que la democracia se consolidara en la región, en base a un cambio en el “clima ideológico” ya que “en gran medida como consecuencia del penoso aprendizaje inducido por los fracasos de esos regímenes y por su represión y violencia sin precedentes, la mayoría de las fuerzas políticas

y culturales de algún peso atribuían entonces un alto valor intrínseco al logro y consolidación de la democracia política” (O'Donnell, 1988). No había que subestimar el surgimiento de ideas, discursos y símbolos “orientados hacia la democracia”, ya que hasta hacía poco tiempo los discursos prevalecientes –si bien divergían tajantemente en muchos aspectos– coincidían en una visión profundamente autoritaria de la vida política y social (Segura, 2008).

En tanto, dieciséis años después, Unesco convoca la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo de Estocolmo con el objetivo de definir una nueva agenda global de políticas culturales. Entonces se puso énfasis en su aporte al desarrollo, en un momento de avance de las políticas económicas neoliberales en el mundo con sus consecuencias de incremento del desempleo, la pobreza y la desigualdad. En esta cumbre aparece el enfoque de formulación de políticas públicas que articulen múltiples partes interesadas (*multi-stake holders*) cuando se reducían las funciones de los Estados, dejando muchas de sus antiguas funciones bienestaristas en manos de la sociedad civil. El documento final hace referencia a la relación de las políticas culturales con la democracia cultural, la cultura participativa y la importancia de

incluir a la sociedad civil en las políticas culturales.

Esta conferencia se realiza en condiciones muy diferentes a la anterior en América Latina y el mundo. Después de la apertura y desmembramiento de la URSS en 1991 y la caída del muro de Berlín en 1989, se había configurado un nuevo escenario geopolítico mundial en el que Estados Unidos se consolidó como potencia mundial única. Se multiplicaron los discursos sobre el fracaso del comunismo y el triunfo del capitalismo. Estos sucesos sumados al hecho tecnológico del auge de Internet, modificaron profundamente el panorama mundial y regional. En particular, en la región, los sistemas constitucionales de gobierno cumplían ya sus primeras décadas de consolidación, pero subsistían graves problemas económicos. Además, en la década de 1990 se consolidó el enfoque neoliberal de la economía. La meta a alcanzar era la estabilidad macroeconómica y para eso, se consideraba necesario encarar una drástica separación entre Estado y sociedad civil, y proceder al achicamiento del Estado para liberar el mercado y las supuestas tendencias autorreguladoras de la sociedad civil.

En consonancia con el libremercado imperante, se desarrollaron teorías de la

recepción que ponían el acento en la libertad del receptor/ consumidor/usuario de hacer uso de los productos culturales y los medios, y de resignificarlos. “La recepción y el individuo-consumidor ocupan un papel central en la concepción neoliberal de la sociedad” (Mattelart y Mattelart, 1997, p. 103). Ese consumidor es considerado “soberrano en sus elecciones” en un mercado libre. Estos enfoques contribuyeron así a borrar la cuestión del poder de la cultura y la comunicación, y a invalidar tanto la cuestión de las determinaciones sociales y económicas del consumo individual como la de la producción y el consumo cultural nacional y local (Mattelart y Mattelart, 1997).

Además, el desarrollo tecnológico de las redes informáticas y la digitalización de señales permitieron el almacenamiento, transmisión y manejo de grandes paquetes de información. A mediados de los 90, la apertura y comercialización de las redes informáticas y la web permitieron el crecimiento desmesurado de la red y comenzaron a registrarse grandes ganancias en las empresas del rubro. En 1999 la red obtuvo los mayores índices de capitalización bursátil en medio de una burbuja especulativa que cayó en marzo de 2000. Se expandió un imaginario tecnocrático que se venía configurando desde los años 70 y que veía en

la tecnología una solución para la crisis económica del capitalismo y para la democratización de la sociedad.

En los años siguientes a la Conferencia de Estocolmo de 1998, a nivel internacional se reabrió el debate sobre políticas culturales. En un contexto signado por la llamada guerra internacional contra el terrorismo –identificado con el terrorismo islámico–, en la Declaración sobre la Diversidad Cultural de 2001, la Unesco eleva la diversidad cultural a la categoría de “patrimonio común de la humanidad”, recuerda que los derechos humanos son garantes de la diversidad cultural y reconoce que son necesarios e inseparables de la dignidad de las personas y por lo tanto debe garantizarse su accesibilidad a todos los individuos. No obstante, en la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales de 2005, Unesco reduce su radicalidad al afirmar que las actividades, los bienes y los servicios culturales son de índole “a la vez económica y cultural” (Prato, Traversaro y Segura, 2018).

Los aprendizajes latinoamericanos

¿Qué pasó en la región luego de la última Mondiacult en materia de políticas

culturales? ¿Qué es posible aprender de los éxitos y frustraciones latinoamericanos en esta área en el siglo XXI? América Latina es una región del mundo donde se registra un particular activismo estatal y social en materia de políticas de cultura y comunicación en estos últimos 25 años. Aun más: la enorme organización y movilización comunitaria en estos ámbitos reconoce antecedentes a mediados del siglo XX como parte de las luchas por la justicia social que fueron reprimidas por las dictaduras y los gobiernos autoritarios del continente. Estas disputas se retomaron y fortalecieron desde los procesos de transición democrática, cuando llenaron de contenido la recuperada libertad de opinión, expresión y reunión.

A principios del siglo XXI, con los gobiernos progresistas en gran parte de los países de la región, se registran dos procesos convergentes: las experiencias autogestivas de cultura viva comunitaria, comunicación comunitaria y más recientemente redes comunitarias de Internet, y la participación social en la elaboración de nuevas políticas públicas de cultura y comunicación que, en algunos casos, institucionalizaron esa participación.

“En Latinoamérica, en las últimas décadas, a partir de la asunción en la región de gobiernos progresistas o, en general, ubicados ‘a la izquierda del centro’ (Panizza, 2005), se generaron novedosos procesos de movilización social y de formulación de algunas políticas públicas estatales en este sentido, que redefinieron la relación Estado-sociedad civil en el campo cultural, en consonancia con lineamientos de organismos internacionales y demandas de organizaciones sociales” (Prato y Segura, 2019). Por ejemplo, en Colombia, entre 1992 y 1998, se implementó el programa CREA, una expedición por la cultura colombiana fundada en la diversidad cultural y la cultura de paz. En Chile, el gobierno desarrolló Cabildos Culturales entre 1999 y 2003, basados en la participación social y la ciudadanía cultural como formas de reconstrucción del tejido social. En Brasil, en 2004 el Ministerio de Cultura creó el Programa Nacional de Cultura, Educación y Ciudadanía Cultura Viva para apoyar a organizaciones culturales, llamadas Puntos de Cultura (Prato, Morais y Segura, 2018; Santini, 2018; Fuentes Firmani, 2013).

Este proceso está estrechamente vinculado a lo que sucede a nivel organizacional, nacional y regional. Entre 2009 y 2010, el Colectivo Latinoamericano Plataforma

Puente Cultura Viva Comunitaria nació de la articulación de un amplio conjunto de organizaciones y redes vinculadas a experiencias centradas en actividades culturales y comunitarias con el fin de visibilizarlas y fortalecerlas (Prato y Segura, 2019). La Plataforma Puente tiene como referencia la política pública de Puntos de Cultura de Brasil, e impulsa entre sus demandas la asignación del 0,1% de los presupuestos nacionales para el fortalecimiento y sostenimiento de iniciativas de cultura viva comunitaria. Dicha red se extiende por países como Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala y Perú (Prato, Morais y Segura, 2018; Santini, 2018). Todos estos procesos hicieron posible que en 2013 se estructurara el Programa de Cooperación Cultural Ibercultura Viva que se propone fortalecer las culturas de base comunitaria de países iberoamericanos, creando redes, alianzas e intercambios (Fuentes Firmani, 2018).

Estas organizaciones fueron también colectivos fundamentales de resistencia ante la avanzada conservadora. En 2015, ante los cambios en los gobiernos de la región, los Estados rediseñaron políticas culturales y las organizaciones sus prácticas de producción cultural y estrategias de incidencia en políticas del área (Prato

y Segura, 2019). Los nuevos gobiernos eliminaron, desfinanciaron o frenaron las políticas culturales progresistas, y cambiaron radicalmente su orientación. Sin embargo, “frente a las medidas que perjudicaban abiertamente a la cultura y la comunicación, muchos colectivos culturales se nuclearon en nuevos espacios de articulación o revitalizaron los preexistentes” (Prato y Segura, 2019). Entonces, referentes de organizaciones de Cultura Viva Comunitaria de México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica, Panamá y Puerto Rico ampliaron redes preexistentes, como la Red Maraca que pasó a ser Marca: Tejido Mesoamericano de Culturas Vivas Comunitarias, que busca fortalecer los procesos de base en la región. Se realizaron también congresos y encuentros nacionales, regionales y latinoamericanos como estrategia de construcción o consolidación de organizaciones y redes tanto hacia el interior de los países como en pos del Tercer Congreso de Cultura Viva Comunitaria realizado en Quito, Ecuador, en 2017 (Prato y Segura, 2019).

Durante la pandemia y las medidas de aislamiento y distanciamiento físico impuestas por los gobiernos de la región con diferentes alcances, artistas y trabajadores/as de la cultura estuvieron imposibilitados/

as/es de trabajar, a pesar de su relevancia para construir y dotar de sentido a la ruptura de la cotidianeidad con expresiones teatrales, musicales, plásticas y de danza, entre otras prácticas. El aislamiento tuvo un brutal impacto en el sector cultural (Nemirovski, 2020; Palacios, 2020; Barón, 2020). De todos modos, los/as/es trabajadores/as de la cultura llevaron sus prácticas adelante adecuándolas a las limitaciones y posibilidades de la producción remota por medios digitales (Camezzana, Capasso, Mora y Sáez, 2020). Además, las organizaciones culturales comunitarias y territoriales se nuclearon para manifestar su preocupación y elaborar propuestas sobre la situación sanitaria, económica, social y vincular de los barrios ante la pandemia, la vulnerabilidad de artistas independientes, y el posible o inminente cierre de espacios culturales. En tanto, algunos Estados de la región tomaron medidas para hacer frente a la crítica situación de los/as/es trabajadores/as del sector, estimular a las industrias culturales y poner al alcance de la población contenidos culturales (Fuentes Firmani, 2020).

De este modo, “las experiencias latinoamericanas de participación social en los procesos de formulación de políticas de cultura y comunicación durante las

primeras décadas del siglo XXI permiten formular un modelo teórico de participación ciudadana diferente al modelo multiactorial” (Segura y Linares, 2022, p. 8). Aunque ambos paradigmas implican varios tipos de actores con diversos intereses involucrados en el proceso de formulación de políticas, hay una diferencia crucial entre ellos. El modelo de participación reconoce la desigualdad de poder entre los Estados, las corporaciones comerciales globales y las organizaciones de la sociedad civil. Por lo tanto, el paradigma de participación ciudadana identifica al Estado nacional como la principal institución involucrada en la formulación de políticas públicas y en la garantía de derechos. Por eso se establecen mecanismos de participación pensados para posibilitar la inclusión de las demandas ciudadanas en las políticas estatales y, al mismo tiempo, encontrar en el Estado un aliado para frenar el poder de las élites económicas en sus intentos de capturar las políticas. Por otro lado, el modelo de múltiples partes interesadas supone que existe una simulación de igualdad entre los participantes en la discusión y durante la formulación de políticas públicas. Al no prever mecanismos de compensación de las inequidades, este modelo consolida, de hecho, las

desigualdades (Segura y Linares, 2022). Por estas razones, las políticas de cultura y comunicación “deben formularse con participación de las organizaciones y redes culturales, para lo cual es necesario institucionalizar consejos, fortalecerlos y financiarlos, así como audiencias públicas, consultas, etc. Solo de este modo será posible que las políticas culturales sigan ampliando su noción de cultura para incluir a las culturas populares, comunitarias, locales, territoriales, diversas” (Prato y Segura, 2019).

Conclusiones

En síntesis, el reto mayor que plantea la reacción de derecha en la política contemporánea en América Latina así como los efectos de la pandemia y las medidas de aislamiento, son la defensa de la democracia, la justicia y los derechos humanos. Confrontar el conservadurismo, la violencia y la desesperanza pasa hoy, muy especialmente, por la cultura. En esta coyuntura, el arte, la literatura y la cultura en general aparecen como cruciales para fomentar valores y emociones democráticas: empatía, tolerancia, respeto, solidaridad, responsabilidad. Se torna imprescindible construir nuevos horizontes de sentido.

Es necesario un trabajo político-cultural constante, paciente y cotidiano.

Para lograrlo, a partir de los aprendizajes acumulados en América Latina en este último cuarto de siglo, se proponen cuatro ejes como aportes a los debates de la *Mondiacult 2022*:

1. La recuperación de las experiencias de las políticas culturales estatales y comunitarias como propiciadoras de nuevas sociabilidades, emociones y racionalidades democráticas en la línea de las propuestas de la primera *Mondiacult 1982*, pero teniendo en cuenta las diferencias de coyunturas y las experiencias acumuladas.
2. El paso del estadocentrismo de *Mondiacult 1982* al reconocimiento de las políticas culturales autogestivas de base comunitaria y la institucionalización de la participación e incidencia social en políticas culturales estatales, ratificando al mismo tiempo la centralidad del Estado como garante de los derechos culturales.
3. El paso del modelo de múltiples partes interesadas propuesto por las convocatorias de Unesco de 1998 y 2022 a un paradigma participativo que reconozca las desigualdades de poder y la contraposición de intereses entre los

actores intervinientes, y tome medidas para compensar esas inequidades.

4. El reconocimiento de las organizaciones y redes comunitarias de cultura y comunicación como actores colectivos fundamentales para superar los efectos de la pandemia y el distanciamiento físico impuesto por los confinamientos, y para enfrentar la derechización social y política de las sociedades ≡

Bibliografía

- Alemán, J. (28 de enero de 2019). Una peligrosa pelea de egos en Podemos. *Página/12*.
- Araujo, K. (2016). *El miedo a los subordinados*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Banco Mundial (2021). América Latina y el Caribe. Panorama general.
- Barón, J. F. (20 de abril de 2020). La agonía de las artes y lo cultural. *Revista Gestión Cultural*.
- Borges, J. L. (1975). Para una versión del I King. En R. Wilhelm, *I Ching. El libro de las mutaciones*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bourdieu, P. (2000). *Cosas Dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Burchardt, H. J. (2012). Por qué América Latina es tan desigual. *Nueva Sociedad*, 239.
- CAF (2021). La pandemia de COVID-19 en América Latina: impactos y perspectivas. *Documentos de Políticas para el Desarrollo*, 1.

- Banco de Desarrollo de América Latina.
- Capasso, V., Camezzana, D., Mora, A. S., y Sáez, M. (2020). Las artes escénicas en el contexto del ASPO: Demandas, iniciativas, políticas y horizontes en la danza y el teatro. *Question/Cuestión*, 2(66).
- Dezzutto, F. (2019). La pregunta por el fascismo en la era Cambiemos. En M. Nazareno, M. S. Segura y G. Vázquez, "Pasaron cosas". *Política y políticas en el gobierno de Cambiemos*. Córdoba: FCS-UNC / Editorial Brujas.
- Fuentes Firmani, E. (2020). Operación rescate: La cultura argentina frente a la pandemia. *Revista Gestión Cultural*, 1. RGC Ediciones.
- Fuentes Firmani, E. (2018). IberCultura Viva, cooperación cultural, gobierno y organizaciones. En A. V. Prato y M. S. Segura (Eds.), *Estado, sociedad civil y políticas culturales. Rupturas y continuidades entre 2003 y 2017*. Caseros: RGC Libros.
- Fuentes Firmani, E. (2013). El Programa Puntos de Cultura de la Secretaría de Cultura de Presidencia de la Nación: una propuesta para el mejoramiento de sus resultados.
- García Canclini, N. (Comp.) (1987). *Políticas Culturales en América Latina*. México: Grijalbo.
- García Delgado, D. (2001). *Estado y Sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural*. Buenos Aires: Norma / FLACSO.
- González, H. (24 de noviembre de 2015). ¿Quién ganó? *Página/12*.
- Hölderlin, J. C. F. (1995). Patmos. En Hölderlin. *Obras completas*. Barcelona: Libros Río Nuevo.
- Maccioni, L. (2002). Valoración de la democracia y resignificación de "política" y "cultura". Sobre las políticas culturales como metapolíticas. En D. Mato (Comp.), *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Caracas: CLACSO.
- Martín Barbero, J. (2011). La pertenencia en el horizonte de las nuevas tecnologías y de la sociedad de la comunicación. En M. Hopenhayn y A. Sojo (Comps.), *Sentido de pertenencia en sociedades fragmentadas. América Latina desde una perspectiva global*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mattelart, A., y Mattelart, M. (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Moguillansky, M. (2021). La cultura en pandemia: de las políticas culturales a las transformaciones del sector cultural. *Ciudadanías. Revista de Políticas Sociales Urbanas*, 8.
- Muñoz Diez, I. (1999). El poder del Estado en acción: un balance de las transformaciones del aparato estatal en los 90. *Cuadernos del Sur*, 29.
- Nemirovski, O. (3 de abril de 2020). Con la mirada en lo urgente, pero viendo todo. *Revista Gestión Cultural*.
- O'Donnell, G. (1997). ¿Democracia delegativa? En *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.

- O'Donnell, G. (1989). Introducción a los casos latinoamericanos. En G. O'Donnell, P.C. Schmitter y L. Whitehead (Comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario. Tomo 2, América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Palacios, C. (19 de marzo de 2020). El estado de sitio. Las artes escénicas y el COVID-19. *Revista Gestión Cultural*.
- Panizza, F. (2005). Unarmed utopia revisited: the resurgence of left-of-centre politics in Latin America. *Political Studies*, 53(4).
- Prato, A. V., Morais, I. P., y Segura, M. S. (2018). La cultura comunitaria y los gobiernos progresistas. Políticas y participación social en Argentina y Brasil entre 2003 y 2015. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 48. México.
- Prato, A. V., Traversaro, N., y Segura, M. S. (2018). La participación de la sociedad civil en las nuevas normas culturales. De la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual al proyecto de Ley Federal de las Culturas. En A. V. Prato y M. S. Segura (Eds.), *Estado, sociedad civil y políticas culturales. Rupturas y continuidades entre 2003 y 2017*. Caseros: RGC Libros.
- Prato, A. V., y Segura, M. S. (23 de diciembre de 2019). Buscar evidencia para tener esperanza. Comunicación pública para sociedades democráticas: el papel de los movimientos sociales. *Revista Gestión Cultural*.
- Santini, A. (2018). *Cultura viva comunitaria. Políticas culturales en Brasil y América Latina*. Caseros: RGC Libros.
- Segura, M. S. (26 de noviembre de 2015). El cambio de época ya comenzó. *Brecha*. Montevideo.
- Segura, M. S. (2008). Procesos políticos y comunicacionales en Latinoamérica en los últimos 50 años. *Perspectivas de la Comunicación*, 1(1). Universidad de la Frontera, Temuco.
- Segura, M. S., y Linares, A. (2022). ¿Cómo evitar que las políticas de comunicación sean capturadas por las élites? Las instituciones estatales participativas de políticas de comunicación creadas en América Latina entre 2000 y 2020. [Manuscrito finalizado en evaluación].
- Waisbord, S. (7 de febrero de 2018). El nuevo conservadurismo cultural. *The New York Times*.
- Wortman, A., y Quiña, G. (2021). El impacto de la pandemia en el sector cultural en la Argentina. El desafío de repensar el trabajo artístico y las políticas culturales para la cultura independiente en vivo. XVIII Congreso Internacional FoMerco "30 años do Mercosul: Desafios e Trajetórias".